



EL OBISPO DE JAÉN

JUBILEO DE LA DELEGACIÓN DE ENSEÑANZA

San Juan de Ávila - Catedral de Jaén, 10 de mayo de 2025

Lecturas: Hch 13, 46-49/Salmo 22/Mt 5, 13-19

Queridos profesores y profesoras, acabamos de entrar en este Templo Jubilar, nuestra Catedral de Jaén, culminando la peregrinación que hemos realizado desde el Santuario de Nuestro Padre Jesús Nazareno, “el Abuelo”.

Este camino, recorrido con fe y esperanza, símbolo de nuestra vida cristiana, forma parte del Jubileo en el que estamos participando como educadores cristianos de nuestra Diócesis. Al llegar a este lugar sagrado, celebramos la Santa Eucaristía, agradeciendo al Señor la gracia de compartir juntos este momento de renovación espiritual y compromiso con nuestra vocación.

En este contexto de gracia jubilar, resuenan en nuestros corazones las palabras del recién elegido Papa León XIV, quien en su primera homilía a los Cardenales expresó que: "*Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, es decir, el único Salvador y el que nos revela el rostro del Padre.*" Estas palabras nos invitan a profundizar en nuestra misión como educadores, llamados a ser testigos de la verdad y portadores de la luz de Cristo en el mundo de la enseñanza.

Nos reunimos de manera especial, en este Año Jubilar, para acoger la gracia que Dios quiere derramar sobre cada uno de nosotros, y sobre quienes tenéis la hermosa vocación de enseñar: vosotros profesores que tenéis el noble arte de sembrar la verdad, el conocimiento y la fe. Y no es casualidad que lo hagamos en este día; la providencia ha querido que lo celebremos en el día en que conmemoramos a San Juan de Ávila, doctor de la Iglesia, apóstol de Andalucía y un verdadero "maestro de santos". A Santa Teresa de Jesús, a San Juan de Dios, a San Juan de Ribera y a tantos otros, los guio con una paciencia humilde y con una esperanza ardiente.

No exageramos si decimos que un buen maestro puede cambiar una vida. ¿Y si Dios quiere servirse de vosotros para formar santos? Vosotros también, como él, sois llamados a ser guías y compañeros, no solo transmisores de contenidos. Auténticos maestros que orienten la vida de los niños, adolescentes y jóvenes hacia la santidad. Y esto requiere una pasión renovada por el ser humano, una mirada que vea más allá de las notas y las normas, una fe que vea en cada alumno un misterio sagrado, “una tierra prometida” que Dios os confía. Decía el Papa León a los Cardenales ayer: “Dios, para hacerse cercano a los hombres, se ha revelado a nosotros en los ojos confiados de un niño, en la mente inquieta de un joven, en los rasgos maduros de un hombre... Nos ha mostrado así un modelo de humanidad santa que todos podemos imitar...”

Enseñar no es simplemente transmitir información, es, primeramente, contemplar la presencia del resucitado en el otro, y formar el alma para que ilumine en medio del mundo; es forjar la conciencia, es moldear el corazón de las nuevas generaciones. Formar las mentes sin tocar los corazones sería una tarea incompleta, y eso requiere no solo competencia intelectual, sino sobre todo sabiduría espiritual y amor auténtico por el otro.

San Juan de Ávila lo sabía bien. En un siglo agitado por reformas, luchas y divisiones, él apostó por la formación profunda, tanto en los seminarios como en las universidades, con una visión cristocéntrica y humanista. Su palabra no era vana; su enseñanza era encarnada; su pedagogía, impregnada del Evangelio.

Como en el maestro Ávila, toda enseñanza debe partir de la experiencia viva de Dios, de su intimidad. Su palabra ardía y encendía corazones porque primero había sido encendido por la oración y la contemplación.

Queridos maestros y maestras: vuestro testimonio es el primer libro que leen vuestros alumnos. Hoy más que nunca, cuando tantas voces confunden y dividen, cuando las redes ofrecen falsos modelos y verdades a medias, la figura del educador cristiano se vuelve faro, brújula, voz que señala el norte con esperanza. Vuestra vocación no es un simple trabajo o empleo, sino una misión profética en medio de un mundo que necesita con urgencia referencias, autenticidad y verdad. Ser profeta hoy en la educación cristiana exige coraje, discernimiento y firmeza. Seréis a veces signo de contradicción, como lo fue el mismo Jesús. Pero no estáis solos: el Señor pone en vuestros labios sus palabras y os sostiene siempre con su gracia.

Recordemos lo que escribió Juan de Ávila: *“El alma del que enseña debe estar más llena de Dios que de libros.”* Solo quien vive de Dios puede dar a Dios. ¿Qué fuerza tendrían nuestras palabras si no estuviesen alimentadas por la Palabra y el Cuerpo del resucitado? ¿Qué fruto daría nuestra enseñanza si no naciera del silencio orante?

Jesús nos dice en el Evangelio: *“Vosotros sois la luz del mundo”*. El mundo educativo, especialmente hoy, está sometido a tensiones, a ideologías que nublan el corazón y a una cultura del relativismo que diluye toda verdad. Y, sin embargo, la misión del maestro cristiano sigue siendo la misma: alumbrar con la luz de Cristo.

Una luz que no se impone, que no grita. La luz simplemente brilla, acompaña, revela. Vosotros, docentes cristianos, estáis llamados a ser esa luz: con vuestra vida, con vuestra paciencia, con vuestro ejemplo. En el aula, muchas veces no bastan las palabras. Hace falta el ejemplo, hace falta coherencia, hace falta amor.

Sois conscientes de que cualquier ambiente de enseñanza en las aulas, si la vive primero el profesor y es testigo de ello fuera y dentro de las clases, proporciona a los alumnos una formación sólida en principios fundamentales para la vida.

Todo esto contribuye a mantener en el profesor la alegría del que da lo mejor de lo suyo, el optimismo y esperanza de que su labor no es inútil ni superflua y les compensa de todos sus sinsabores y hasta de la infravaloración de su trabajo, en ocasiones.

Con frecuencia me encuentro en las Visitas Pastorales con profesores y maestros que, reconociendo las dificultades, mantienen, sin embargo, la ilusión, el interés y la dedicación, como buenos profesionales y, sobre todo, muestran su interés y preocupación para con sus alumnos y sus compañeros docentes. Sé que no es fácil, que muchas veces sufrís y os desesperáis, por ver que no alcanzan la Verdad que deseamos transmitir. El Papa, también les decía a los Cardenales: *“Hablamos de ambientes en los que no es fácil testimoniar y anunciar el Evangelio y donde se ridiculiza a quien cree, se le obstaculiza y desprecia, o, a lo sumo, se le soporta y compadece. Y, sin embargo, precisamente por esto, son lugares en los que la misión es más urgente, porque la falta de fe lleva a menudo consigo dramas como la pérdida del sentido de la vida, el olvido de la misericordia, la violación de la dignidad de la persona en sus formas más dramáticas, la crisis de la familia y tantas heridas más que acarrear no poco sufrimiento a nuestra sociedad”*.

Queridos profesores, sois una gran herramienta para construir el futuro de nuestra sociedad, de nuestro mundo. ¡No os canséis de perseverar en vuestro testimonio de fe y de vida! Que no os canse la rutina, no os agote la indiferencia, no os desanime el aparente fracaso. Cada palabra buena, cada gesto de amor, cada corrección justa, cada mirada de ternura que ofrecéis es una semilla que Dios hará germinar, en un futuro más fraterno y más santo, donde reine la paz, la justicia, el amor fraterno y la alegría.

Hoy, en esta celebración jubilar, se nos concede la gracia de renovar no solo nuestras fuerzas, sino también la misión que se os ha confiado: la noble tarea de evangelizar educando y de educar evangelizando.

Si alguna vez la rutina ha apagado la alegría, si la carga ha hecho perder el sentido, si el desencanto ha nublado la vocación... hoy puede ser un día para volver a la fuente. Cristo Maestro nos espera. Él es el único que enseña con autoridad, porque enseña con amor. De su escuela salimos renovados; de su cruz aprendemos la verdadera pedagogía del sacrificio fecundo.

Que Jesús, el Divino Maestro, os bendiga y recompense vuestra entrega; que el Espíritu Santo os conceda sabiduría, paciencia y alegría en esta necesaria y noble vocación que es educar; y que la Virgen María, maestra del Redentor, sea vuestro modelo y vuestra guía.

No olvidéis: Sed lo que enseñáis. Enseñad lo que vivís. Y vivid lo que habéis recibido.

✠ Sebastián Chico Martínez
Obispo de Jaén